

ma romana, que viendo debilitarse los imperios de Oriente y Occidente al mando de Teodosio II, tomados bajo su dominio é hizo en ellos rápidos progresos; no así Honoria, que entregó su patria al ferroz Atila para que la atara con las cadenas de la esclavitud!

En medio de los desbordes de que se resentían las cortes europeas en esos siglos de molición y desorden, Isabel hizo de la suya una escuela de honor y de virtudes prácticas, donde el nacimiento de la gloria se veía realzado por el respeto que la virtud impone, pues que realmente ella por sí pudiera constituir, como que en efecto constituye, una verdadera grandeza. Al contrario las glorias profanas, tarde ó temprano se eclipsan y van á perecer entre las pléyades del olvido.

He aquí porqué la bendición del cielo protegía todos sus proyectos y encaminaba á buen término sus empresas colosales. Lo atestigua la humillación de la media luna, la unidad española, el afianzamiento del catolicismo, la difusión de las luces, la extensión del territorio, la centralización del poder y la restauración de la autoridad legítima—cosa que debe llamarnos la atención, porque entre nosotros se suceden frecuentemente los gobiernos de hecho y poco ó nada pueden hacer en favor de los pueblos, por más patriotas que sean.

En gemo varonil hizo que burlara las amenazas de Alfonso, Rey de Portugal, que creyéndola débil para resistir sus ataques levantó contra ella el estandarte de la rebelión. No obstante siempre avara de la sangre de sus subditos no habría sido la primera en romper hostilidades, sino temiese por la integridad de la Nación que le estaba confiada, y para suceso que sólo sellarla con el triunfo que obtuvo en Toro sobre las armas portuguesas.

Poco después los moros cegados por el orgullo prepararon su ruina, que vino á coincidir con los deseos de la Reina que quería disipar la tiranía y la barbarie que imperaba desde mucho antes en Europa. Marchó sobre ellos la heroína, arrobándoles plaza á plaza con su ingenioso dicho: *grano á grano se come la granada*, hasta que el estandarte del cristianismo tremoló sobre la Torre bermeja sobre las tribus de Zeyrie y Abencerrá que, comandadas por el valeroso pero desgraciado Boabdil, triunfó que tanto á Isabel como á Fernando les conquistó del Papa Alejandro VI el renombre de Reyes católicos aunque á decir verdad, con la extinción de los moros vino la decadencia para España y la postración que todavía se nota en ese gran pueblo, pueblo de las grandes empresas, de las medrosas instituciones de los descubrimientos sin ejemplo.

La monarquía española había llegado al apogeo de sus glorias y sus triunfos; pero no fueron éstos la sola causa de su elevación; no, porque pronto el oceano limite de sus dominios, se vió surcado por Colón.

El ilustre genovés aunque demasiado por su nombre como geógrafo y experimentado en la marina, en vano había recorrido varias costas, buscando apoyo á la idea grandiosa que le quemaba el cerebro y absorbía su existencia, y en ninguna había encontrado auxilios ni aun siquiera aliento para emprender el descubrimiento del nuevo mundo, que tanto oro y tantas piedras preciosas había de llevar á las arcas y á los armarios de los nobles españoles, y aún á los de la raleza que vinieron en busca de aventuras. Sin esperanzas ya de llevar á cabo su proyecto se dirigió á España y solicitó la audiencia de

los reyes castellanos, apoyado en su protector Fray Juan Perez de Marchena, quien interesó á la Reina ponderándole que la empresa de Colón tendría buen éxito, tanto porque deducía de sus propios conocimientos, como porque hallaba exactos los cálculos científicos del intrépido navegante.

Cuando este penetró en España la encontró agitada por la guerra de Granada, lo cual fué un nuevo motivo con que tuvo que luchar, teniendo que aguardar hasta que ésta terminó.

Siempre complaciente Isabel á todo favor, y á todo lo grande y sorprendente, dejóse persuadir por las elocuentes razones de Colón; y llegó á tal punto su entusiasmo, que sin aguardar se recuperase el tesoro exhausto por la guerra, le dió sus joyas para que cubriera los gastos de la expedición.

Una vez dueño el ilustre genovés de aquella pequeña suma, preparó tres famosas caravelas, dióse á la vela con ochenta hombres de tripulación en busca de las tierras que le revelaban sus cálculos y alentado por una idea y por la profundidad de sus concepciones.

Todo pues, parecía reanirse al engrandecimiento de Isabel, hasta que en el año de 1504 murió esta gran señora, centro de virtud y de talento, cuyos méritos conquistaronle admiradores que girarán en torno de su memoria y de sus glorias, cual satélites, haciendo resonar su nombre de generación en generación sin que se agoten las fórmulas de la alabanza para perpetuar su recuerdo.

Acaso la muerte de Isabel, llenó de hiel el corazón del anciano Colón, con tanto mayor razón cuanto que viendo truncado el brazo que le sostenía cuando regresaba de su tercer viaje á las Indias Occidentales y que llevaba por resultado el efectivo y real descubrimiento de las dos américas, fué entonces que los émulos del gran hombre, del eminente marino, envidiosos de sus glorias hicieron por perderlo y lo perdieron; hasta que víctima de los pesares, de la ingratitud de los hombres y de la ignorancia de aquel tiempo, fué á espirar en un inhumano calabozo el 20 de mayo de 1506, como si guien-lo á la tumba á su protectora, y protector del más noble y más portentoso de los descubrimientos que los siglos hayan visto.

HORTENSIA MORA.

VARIETADES.

✓ 370

LA JUVENTUD ES EL TIEMPO DE PERFECCIONARSE.

(TRADUCIDO DEL INGLÉS POR JOSÉ DELGADO.)

De nada servirán á un joven sus mejores dotes, si carece de actividad para ejercerlas, é infructuosa será, en este caso, cualquier dirección que se los dé para conseguir el bienestar espiritual ó temporal.

En la juventud los hábitos de trabajo se adquieren más fácilmente, y los incentivos de éste, ya sea por la ambición ó por el deber, ya por el estímulo ó la esperanza, ya por la perspectiva que ofrece la primera edad, son mucho más fuertes.

Si, sordo á estos llamamientos, el joven languidece en perezosa inacción, cómo podrá vivi-

461

PROYECTO DE INVESTIGACION:  
LA PRACTICA PEDAGOGICA  
DEL SIGLO XIX EN COLOMBIA

## EL ESCOLAR.

la adormecida corriente de los años venidos.

La industria es no solo instrumento del perfeccionamiento, siró tambien base del placer. Nada se opone tanto á los verdaderos gooces de la vida como la relajación y debilidad de un espíritu indolente. El individuo extraño á la industria por no poseer, mas nunca podrá gozar. Por que la labor es lo único que engendra placeres positivos; es el vehículo que trae todos los bienes al hombre; es, en fin, condición indispensable para mantener un espíritu sano en un cuerpo sano.

Y la pereza es tan opuesta á estos dos elementos que casi es imposible determinar si daña más la virtud que á la salud. Inerte al parecer, sus efectos son poderosamente fatales. Es como el agua estancada que primero entra en putrefacción y despues emite vapores tan nocivos que hacen letal la atmósfera que cerca de ella se respira.

Lúid, pues, de la pereza, fuente de toda culpa y toda ruina.

En la pereza se comprende, además de la inacción, aquel círculo de insustanciales ocupaciones en que muchos malgastán su juventud preocupados eternamente con frívolas compañías y locas diversiones, con la ostentación del vestido y el adorno de la persona.

Es esta la base en que intentais edificar la felicidad y la estimación futuras?

Esperais recomendaros, por este medio, á la honra de la sociedad sensata?

Creéis corresponder así á las esperanzas de vuestra familia, vuestra patria y vuestros amigos?

La juventud necesita diversiones; y necio y cruel sería pretender lo contrario. Pero las diversiones, consideradas como asunto único de la vida y llevadas hasta la relajación, son fuente de corrupción absoluta, porque entonces vienen á ser la vorágine del tiempo y el veneno del espíritu; fomentan las malas pasiones; agotan el poder varonil, y, en fin, hunden el vigor natural de la juventud en el abismo de la más despreciable debilitación.

## EL CARACTER

POR SAMUEL SMILES.

(Traducción de Venancio G. Manrique).

(Continuación.)

Los hombres inspirados por principios elevados deben sacrificar todo cuanto aman y estiman, antes que faltar á su deber. La vieja idea inglesa del supremo sacrificio de todo al deber, la expresó así un poeta realista e su amia la, al punto de tomar las armas por su soberano:

"No te amara yo tanto, si la mia,  
Si no amara el honor más todavía" (1)

"Y could not love thee, dear, so much,  
Loved I set honor more."  
Lovers de Lovelace á Lucy Richevorell.

También dice Sertorio: "El hombre que tiene mediana dignidad de carácter debe vencer con honor, sin apelar jamas á medios rústicos, ni aún para salvar su vida." Así San Pablo, inspirado por la fe y por el sentimiento del deber, se declaró pronto, "no solamente á ser atado, sino hasta morir en Jerusalén."

Como los príncipes de Italia instasen al marqués de Pescara para que abandonase la causa española en la cual se hallaba empeñado su honor, su esposa, Victoria Colonna, le escribió en estos términos para recordarle su deber: "Acordaos de vuestro honor, que os ha elevado sobre la fortuna y sobre los reyes; sólo con él, y no con el esplendor de los títulos, se adquiere la gloria—esa gloria que tendreis la dicha y el orgullo de transmitir sin mancha á vuestra posteridad." Tal era el elevado concepto que esta noble mujer tenía del honor de su marido, y cuando él murió en el campo de batalla de Pavía, aunque era joven y bella aún, y solenada por numerosos admiradores, se retiró á la soledad para llorar allí á su héroe y celebrar sus hazañas. (2)

El último resto de la vieja infantería española formada por Gonzalo de Córdoba, habia sido totalmente destrozado en la batalla de Rocroi en 1643, sin que un solo soldado hubiese abandonado las filas. Encontraron todo el regimiento alineado en el campo de batalla, pero todos los que lo componian estaban muertos, y habian muerto cumpliendo con su deber! Su vencedor, el joven y bizarro duque de Enghien, que fué luego príncipe de Condé, exclamó al contemplar tan triste y hermoso espectáculo: "Si yo no hubiese sido vencedor, hubiera querido morir así!"

Vivir realmente, es obrar con energía. La vida es una batalla que debe pelearse con valentía; inspirado por una resolución grande y honrada, el hombre debe mantenerse en su puesto, y morir en él, llegado el caso; debe, como el viejo héroe danés, estar determinado á "acometer noblemente, á tener fuerza de voluntad, y á no flaquear jamás en el sendero del deber." La mayor ó menor fuerza de voluntad de que estemos dotados, es un don de Dios; y no debemos esponernos á perderla por falta de ejercicio, ni profanarla aplicándola á propósitos indignos. Con razón ha dicho Robertson de Brighton que la verdadera grandeza no consiste en buscar los placeres ni la celebridad: "No le basta al hombre conservar su vida, alcanzar la gloria; es necesario ante todo, que cumpla con su deber."

Los mayores obstáculos que se oponen al cumplimiento del deber, son la irresolución, la debilidad de carácter y la indecisión. De un lado, están la conciencia y el sentimiento del bien y del mal; del otro, la indolencia, el egoismo, el amor al placer, ó las pasiones. La voluntad débil é indisciplinada permanece suspendida por algún tiempo ante estas influencias; pero, al fin, la balanza se inclina de un lado ó de otro, según sea que la voluntad intervenga ó que permanezca impassible. Si se la deja quedar pasiva, las dañinas influencias del egoismo ó de las pasiones dominan, la virilidad abdica su poder, desaparece la individualidad, se degrada el carácter, y el hombre consiente en no ser más que vil esclavo de sus sentidos.

Así pues el poder de ejercer prontamente la voluntad de acuerdo con las leyes de la conciencia, y de resistir por tanto á los impulsos de la naturaleza,

(2) Ariosto y Miguel Angel, entre otros ingenios, la estimaron en mucho y le consagraron su talento y su musa.

es de esencial importancia para la disciplina moral, y es igualmente indispensable para el desarrollo y la educación del carácter. Llegar á obrar bien, á resistir las malas inclinaciones, á luchar contra los deseos sensuales, á vencer un egoísmo innato, todo esto exige acaso una educación larga y perseverante; pero una vez que la práctica del deber se consolida en hábito, ya viene á ser comparativamente fácil.

Verdaderamente bueno y valiente es aquel que, por el ejercicio libre y resuelto de su propia voluntad, se ha disciplinado hasta el punto de haber adquirido el hábito de la virtud; mientras que es malo aquel que, permitiéndole á su voluntad que permanezca pasiva, y dando rienda suelta á sus deseos y á sus pasiones, adquiere el hábito del vicio al cual acaba por verse atado como por una cadena de hierro.

El hombre no puede acabar grandes cosas sin la acción de su libre voluntad: si ha de mantenerse en pié, habrá de ser por sus propios esfuerzos, porque la ayuda ajena no bastará á sostenerlo. El es dueño de sí mismo y de sus acciones; puede evitar la mentira y ser sincero; puede esquivar el sensualismo y conservarse casto, abstenerse de una acción cruel y mostrarse benigno y misericordioso. Todas estas cosas dependen de él y de la disciplina que se haya impuesto. Los hombres mismos son los que se hacen libres, puros y buenos, ó bien esclavos, impuros y miserables.

Entre los sabios preceptos de Epicteto encontramos el pasaje siguiente: "Nosotros no escogemos nuestros propios papeles en la vida, ni es cosa en que debemos ocuparnos; nuestro único deber consiste en desempeñarlos bien. El esclavo puede ser tan libre como el consul, y la libertad es el mayor de los goees. Ella anula todas las demas, que á par suyo nada valen; con ella són inútiles, y sin ella imposibles..... Es menester enseñar á los hombres que no hallarán la felicidad donde, en su miserable obcecación, van á buscarla. La felicidad no está en la fuerza, puesto que Mirón y Otelio no fueron felices; ni en las riquezas, ni en el poder, porque Creso y los cónsules no fueron felices; ni consiste tampoco en todas estas cosas juntas, porque Nerón, Sardanapalo y Agamenon suspiraban, lloraban y se mesaban les cabellos. Estos hombres, á pesar de su grandeza, no fueron sino esclavos de las circunstancias y juguete de engañosas ilusiones. La felicidad está en nosotros mismos, en la verdadera libertad, en la ausencia ó en el dominio de todo temor pueril ó indigno; en el perfecto gobierno de nosotros mismos, en el contento y en la paz de una vida tranquila. Suele encontrársela en medio de la pobreza, del destierro, de las enfermedades, y quien sabe hasta en las puertas mismas de la muerte." (3)

El sentimiento del deber es un apoyo, hasta para el hombre valeroso: le ayuda á mantenerse en pié y lo hace fuerte. Como los amigos de Pompeyo trataban de disuadirle de un viaje á Roma durante

[3] Hé aquí lo que dice el R. F. W. Farrar, en su libro titulado: *Los buscadores de Dios*: "Epicteto no era cristiano, ni hace alusión á ellos sino una sola vez en sus obras, y eso dándole el título injurioso de *Galileo*, que afecta, dice, una especie de insensibilidad en las circunstancias difíciles y cierta indiferencia con los intereses humanos, que Epicteto atribuye injustamente á la costumbre. Desgraciadamente no les fué dado á los filósofos paganos comprender lo que había realmente en el cristianismo. Creyeron que el objeto de él era imitar los resultados de la filosofía sin haber pasado de autemano por la disciplina necesaria. Veíanlo con ojos sospechosos, y lo trataban con injusticia. Y apesar de todo, solo en el cristianismo hubieran encontrado un ideal que hubiera aventajado en mucho á todas sus aspiraciones."

una tormenta en que podía correr peligro su vida, él les dió esta noble respuesta "Es necesario que parta; no es necesario que viva." Quería hacer lo que debía, arrojando el peligro y los rayos.

El espíritu del deber fué el principio dominante en la vida del gran Washington, y era lo que daba unidad, cohesión y vigor á su carácter. Una vez que divisaba claramente el sendero, lo seguía á despecho de riesgos y peligros con paso inflexible. Jamás trató de hacer viso; no pensó ni en la gloria, ni en el renombre, ni en las recompensas, sino en lo que debía hacerse, y en la mejor manera de hacerlo.

Washington empero tenía de sí mismo la opinión más modesta, y cuando le ofrecieron el mando en jefe del ejército americano, vaciló en aceptarlo hasta que se vió forzado á ello. El día en que dió gracias al Congreso por haberle confiado un puesto tan importante, se expresó de esta manera: "Por temor de que ocurra algo que pueda ser funesto á mi reputación, declaro hoy con toda sinceridad, y deseo que esto no se eche en olvido, que no me creo á la altura del mando que se me ha querido conferir."

Y en la carta que le escribió á su esposa para anunciarle su nombramiento de comandante en jefe, le decía: "Para evitarlo he empleado cuantos medios estaban á mi alcance, no solamente por lo que me disgusta separarme de usted y de mi hija, sino también porque tengo conciencia de que esta comisión es demasiado grande para mi capacidad. Un mes pasado con ustedes en nuestro hogar, me proporcionaría más positiva felicidad que la que puede esperármese en mi nueva posición, aun cuando está hubiera de prolongarse siete veces siete años. Pero como es la providencia la que me la ha impuesto, debo esperar que el aceptarla dará felices resultados. Por otra parte, me hubiera sido imposible excusarme sin exponer mi reputación á críticas deshonrosas para mí, y penosas para mis amigos. Esto seguro estoy de que les hubiera disgustado á ustedes y me habría rebajado considerablemente en mi propia estimación."

Washington siguió su carrera, primero como comandante en jefe, y luego como Presidente, sin titubear jamás en el sendero del deber. Sin tener absolutamente en mira la popularidad, marchaba hacia adelante sin curarse del qué dirán, y á riesgo á veces del perder su poder y su influencia. Así fué que, cuando se trató de la ratificación de un tratado celebrado por Mr. Jay con la gran Bretaña, le instaron vivamente á Washington para que lo desaprobase; pero él se negó á hacerlo, porque su honor y el honor de su país estaban de por medio. Levantáronse grandes quejas contra el tratado, y durante algún tiempo fué tanta la impopularidad de Washington, que, según dicen, estuvo á punto de ser apedreado por la multitud. Apesar de todo, él juzgó que estaba en el deber de ratificar el tratado, y el tratado se ratificó á despecho de las peticiones y de las representaciones que por todas partes se le hicieron. "Abrigo"—respondió él á los que le hacían la oposición—"la más viva gratitud por las numerosas muestras de aprobación que he recibido de mi patria, pero no puedo merecerlas sino obedeciendo á la voz de mi conciencia."